

HISTERIA

El dolor solo es una manera
de abrir los ojos

1

El pincel se deslizaba por la apergaminada superficie del lienzo. Parecía maravilloso que a partir de algo tan simple y mezquino pudiese surgir todo un abanico de posibilidades, como de algo tan corriente conseguía destrozar las ajadas realidades y transformarse a voluntad en una imagen, en arte.

Los pigmentos empapaban el blancor, el silencio de un cuadro vacío era interrumpido por el suave vals cromático en la que de vez en cuando se conseguía soltar una nota discordante, brutal, estridente y sonora, otorgándole un aire de fuerza al cuadro. Otro trazo de color se deslizó ante la mirada de la joven. Sus manos, guiadas por una mente abierta y dispuesta, conseguían perfilar suavemente la figura, con su refinada habilidad conseguía un arte puro y armonioso, un soplo de aire fresco a un desierto de llamas, una cínica flor en una pradera agonizante. Cristal.

Todas las técnicas que había aprendido a lo largo de los años estaban allí, luchando en una batalla para ver cual se imponía en la obra, pero la joven las sometía a sus deseos y las ordenaba, y estas, vencidas y esclavas, se disponían donde su señora lo ordenaba.

La muchacha miró a su alrededor, las paredes estaban cubiertas de sus obras, la inspiraban y al mismo tiempo la presionaban en un ardiente deseo de superación. De rebatir a la propia pureza.

Un pequeño suspiro salió detrás del cuadro, la joven había estado demasiado absorta en su obra como para preocuparse de ello. Con un rápido vistazo miró más allá del lienzo casi terminado que tenía delante hacia el final de la sala. El modelo parecía aburrido y cansado de posar, estaba de pie, completamente quieto y únicamente una pequeña sábana ocultaba su cintura; por lo demás estaba completamente desnudo. La joven pensó que era la representación perfecta de lo bello y por tanto era adecuado para una obra de arte. En el cuadro, el mismo joven en la misma posición, arrojaba al mundo una mirada clara a través de su desnudez.

- ¿Vamos a tardar mucho más?-protestó el modelo.- Estoy cansado. Llevamos horas aquí.

La joven artista apenas le prestó atención. Los modelos eran demasiado propensos a quejarse, pensaban que el arte consistía únicamente en su belleza y no veían el dolor y el cansancio que había detrás, estaban cegados por el resplandor de su propia egolatría.

- ¡Contéstame!- gritó furioso.

- Ya casi está- logró decir con gran irritación la joven artista.- Silencio por un momento.

Se volvió a concentrar en los colores del cuadro. En este, el joven semidesnudo era exactamente igual al verdadero, los trazos eran suaves y adecuados, los colores refinados y realistas, los matices eran pequeñas chispas. Era el epílogo de la perfección. La joven artista había alcanzado la pureza, el arte sin desvirtuaciones, el cristal pulido. Era el apogeo de su carrera, el mejor cuadro que había surgido de aquellas manos firmes y delicadas.

Y, sin embargo, le faltaba algo. Lo podía notar, algo no estaba en su sitio. Le faltaba.

Durante más de diez minutos lo observó desde todos los ángulos posibles, tratando de descubrir que sucedía, por qué su obra le parecía mutilada, robada de algún elemento. Tenía que ser perfecta.

- ¡Está mal!- el aire recibió sus palabras de forma neutral, sin percatarse, un juez indiferente.- Todo es erróneo.

- ¿Qué dices?- gritó el modelo mientras se acercaba- ¿Qué está mal?

- El cuadro- la voz de la joven sonaba angustiada, atrapada, acorralada- Le falta algo pero no sé determinar que es.

El modelo se acercó a la obra y la recorrió de un rápido vistazo.

- Está perfecta, me has retratado perfectamente.

- ¡No!- la joven corrió hasta sus utensilios, cogió una espátula y se dirigió a cumplir la sentencia de muerte de su obra.

- ¿Qué haces?- el modelo la sujetó con manos de hierro y le impidió seguir avanzando- deja eso en su sitio.

- Tengo que destruirla, no es lo que quería, le falta algo y si no logro averiguar qué es debo hacerla desaparecer, es una broma cruel que se ríe de mí.

- Estás completamente loca.

Él, atolondrado, estúpido y bello, no podía comprenderlo, solo veía la belleza del cuadro, se observaba a sí mismo y se vanagloriaba, pero no adivinaba lo que se encontraba más allá y en ese lugar escondido, solo accesible para aquellos que se atreven a atravesar las pinturas y llegar al mundo del arte, faltaba algo, una pieza, una señal, una identificación, una cosa. Algo.

- Quítate de mi camino.

Trató de empujarlo a un lado, pero era demasiado fuerte para ella, la sujetaba de ambas muñecas y comenzó a apretar. Ella gritaba mientras no paraba de tratar de morderlo y se retorció para escapar de su presa de acero. La lucha se volvió más violenta, los golpes y arañazos surcaron ambos bandos de la contienda, hasta que finalmente ella se liberó y se separaron momentáneamente, jadeantes, tratando de recuperar el aliento mientras se observaban.

- Tal vez le falte algo porque eres una pésima artista.- una sonrisa prepotente surcó el rostro del modelo.

Un único movimiento.

Uno solo.

La mano de la joven cortó el aire rápidamente.

La sonrisa se extinguió.

Todo permaneció quieto un momento. Por un instante.

El cuello del joven, musculoso, apuesto y fuerte, dejó entrever un grieta, una segunda sonrisa de carmesí apariencia. Al instante un torrente de sangre comenzó a brotar, empapando su pecho desnudo. Intentó decir algo, pero del fondo de su garganta solo surgió el sonido de los borbotones de sangre caliente y espesa tratando de salir.

Se llevó las manos al cuello, en un fugaz intento de parar la brecha por la que su vida escapaba, pero antes de que pudiese llegar se desplomó en el suelo y una alfombra brillante y oscura comenzó a acogerlo a su alrededor.

En la mano de ella, la espátula todavía dejaba resbalar algunas gotas rojizas antes de caer al suelo.

Estaba inmóvil, sin saber qué hacer, su mente había volado, alejándola de cualquier preocupación, permitiéndole estar libre, luchar por sus ideales, la dejaba viajar al terreno de la libertad.

Pero pronto también se desplomó y cayó sobre el apuesto modelo. El peso de sus acciones vino a buscarla y la sepultó bajo su enorme responsabilidad. Trató de ayudar al joven pero nada se podía hacer ya, la palidez que comenzaba a surcar su cuerpo demostraba que su vida había partido presta a la barca de Caronte.

¿Qué podía hacer? Sus actos eran tan horribles y monstruosos, espesos, negros, tribales que chocaban contra su delicado espíritu, con su cristalina presencia. Con brutalidad ese acto la había arrojado y destrozado en miles de pedazos que ahora apenas podía distinguir hasta donde habían llegado.

No sabía por qué lo había hecho, surgió de repente, como si algún ser superior le hubiese ordenado cometer ese terrible crimen; como si se hubiese ocultado en lo más profundo de su alma y, en el momento adecuado, hubiese salido de su escondite, apoderándose de su carne y obligándola a cometer el acto más oscuro de su vida.

Pero sabía perfectamente que no podía culpar de sus acciones a una ilusión independiente, debía asumir la responsabilidad de sus actos acatar con la justicia y, de este modo, reparar, si alguna vez era posible, su delicado espíritu.

Levantó la vista solo para toparse de nuevo con el cadáver, pero esta vez rebosaba vitalidad y fuerza y su belleza no se había visto privada por la muerte. El cuadro era una cruel ironía que reflejaba lo que acababa de perder una persona, era su purgatorio, el recordatorio del verdadero pecado de sus acciones.

Su mirada la juzgaba desde las profundidades de la pintura.

Las lágrimas estallaron en el rostro de la artista, con furia se abalanzó sobre el cuadro;

con uñas y dientes lo destrozó, rasgando la armonía, destrozando las expresiones, retorciendo el músculo y hueso, haciendo desaparecer el color y, cuando terminó, apenas unos jirones se mantenían unidos mientras los pequeños restos de la obra descansaban junto a aquel que habían representado.

El dolor no era continuo, nunca fue así, la asaltaba con agudas punzadas cada poco tiempo y a cada ataque las rodillas no la sostenían y los gritos y llantos inundaban la estancia donde sus obras la juzgaban desde las paredes. Cada puñalada de dolor era mayor que la anterior y extrañamente siempre era el máximo, superándose eternamente.

Pero en un rincón de la habitación, en el suelo, sin ser prestado atención por un momento, se encontraba algo sencillo, simple, grotesco.

Un pincel.

La joven se acercó a cogerlo, sentía algo en su interior que la llamaba a hacerlo, una especie de intuición, algo que conectaba con su propio yo; pero no aquel delicado y cristalino, sino con uno mucho más visceral y brutal, y también, auténtico, con esa parte de su propio yo que había surcado el aire con sangrientas expectativas.

Tocó el pincel con los dedos y lo notó diferente a todas las otras veces, a pesar de haberlo portado en cientos de ocasiones, esta vez lo sintió vivo, o al menos era lo que ella percibía al llevarlo en la mano.

Algo junto a su corazón comenzó a vibrar, algo que no había experimentado nunca antes, un aire nuevo, una renovación, algo rompedor.

Asió con fuerza el pincel, hasta que sus nudillos se volvieron blancos y sentía la madera dentro de su propia carne y, de repente, algo se reveló.

Volvió a observar toda la grotesca escena y de pronto algo había cambiado, no en la habitación, sino dentro de ella misma. Cogió un nuevo lienzo y lo colocó sobre el caballete y comenzó a hacer algo imprevisto: pintar.

Le parecía que era la primera vez que lo hacía, la primera vez auténtica y sincera. Retrató todo lo horrible que había creado, la ferocidad de las heridas, lo macabro de la sangre salpicando el suelo, como si una lluvia rojiza acabase de caer del cielo por algún designio divino y el cuerpo, parte central de la obra, desnudo, pálido, retorcido y grotesco, repugnante y asqueroso, espeluznante. Pintó continuamente, sin parar para nada, sus ojos se movían frenéticamente de un lado a otro y las manos eran un auténtico torbellino imposible de parar que desprendían vientos azabaches y escarlatas.

El modelo no se atrevió a quejarse en esta ocasión, había conseguido la perfección en su oficio, inmóvil, estatua griega tumbada y destruida: muerte.

En poco tiempo el frenesí llevó al final de la obra, la rapidez había sido espasmosa pero no había afectado lo más mínimo al resultado. Ante sus ojos la brutalidad y el abandono de la muerte acababan de verse representados. El cuadro era una imagen exacta de la

realidad, tan desagradable que tan solo con contemplarlo el dolor de la figura era capaz de traspasar el lienzo e inundar como un torrente al espectador, sumiéndole en la barbarie del asesinato.

Por fin había conseguido aquello que le faltaba a sus anteriores obras cristalinas, perfectas, deliciosas y simples, había logrado otorgar un verdadero sentimiento, una pasión, un dolor, una brutalidad grotesca, sangrienta y deleznable. De la perfección había pasado a la imperfección más rompedora, y por fin lo había conseguido, ahora era arte.

.....

No le costó limpiar la escena verdadera, era algo metódico y fácil de hacer, no suponía ningún problema. El cuerpo era el único peligro que podía presentar.

Su significado había cambiado, ya no era el recordatorio cruel y presente del acto que había cometido, tampoco era simplemente una envoltura carnal; ahora era un trasto inútil, un obstáculo para realizar sus objetivos, una simple traba en su camino.

Debía deshacerse de él.

No fue tarea fácil de realizar, el cadáver era mucho más pesado que ella y le costaba desplazarlo, tras muchos esfuerzos consiguió llevarlo hasta la bañera. Había tenido muchas prácticas con productos químicos, había dedicado su joven vida al arte y cuando te mueves en los terrenos de la pintura, se adquiere cierto saber sobre disolventes. Con gran habilidad consiguió evaporar la belleza del modelo, sus músculos fuertes y vigorosos fueron desapareciendo para revelar el hueso blanco y puro. El resto del trabajo únicamente consistió en tirar los huesos a un vertedero cercano.

No había sido muy cuidadosa, sin embargo, tenía el extraño presentimiento de que no lo averiguarían, nunca encontrarían esos restos depositados entre bolsas pestilentes y trastos inservibles. Resultaba irónico que alguien tan bello descansase en un lugar así.

El cuadro seguía en su sitio, rebosando brutalidad y pasión. Desperdigando arte, desbordando por los límites, donde la pintura desaparecía al instante, un aire siniestro y oscuro.

La artista sabía que era su mejor obra y estaba lista para ser expuesta. Al día siguiente tenía una importante exposición en una galería, asistirían muchos de sus profesores y renombrados críticos de arte. El cuadro que había estado pintando en un principio, aquella perfección técnica pero vacía, iba a ser su exponente pero ahora sabía que el adecuado era el que se encontraba ahora ante ella: la escena sangrienta e imperfecta, rompedora. A la mañana siguiente todos quedarían entumecidos ante su nuevo arte.

.....

Petrificados. Horrorizados. Escandalizados. Asqueados. Sorprendidos. Y, por último, curiosos y anhelantes. Cuando el telón dejó de hacer acto de su encubridora y cómplice

presencia y reveló el cuadro de la joven artista, los críticos, profesores, maestros y compradores se encontraban en esos estados ante el brutal y sangriento asesinato que se había mostrado a sus ojos. Para los que habían visto los anteriores cuadros de la joven supuso un gran choque toda esa violencia; algunos movieron la cabeza, disgustados y apartaron la mirada rápidamente, sin embargo, la mayoría continuó apreciando los detalles, cayendo inmersos en el dolor que transmitía. Sonaron algunos aplausos, también muchos le dedicaron sonoras alabanzas, declarando que había conseguido imprimirle algo al cuadro, tan potente que hacía estremecerse al alma entera.

El éxito de la obra parecía indiscutible, fascinados por la obra, los asistentes la recordarían y la darían a conocer al mundo, pero a ella la fama o la popularidad eran cosas que poco le importaban. Ahora había descubierto su propio arte, nada más importaba.

.....

Pronto la noticia de su obra corrió como la pólvora y el reconocimiento empezó a llegar, proveniente de los lugares más exóticos, de las personas más queridas y de las más odiadas. Su arte los había sometido a todos como esclavos, llevándolos a una isla de dolor y miseria en la que extrañamente su dolor se convertía en placer e imploraban más de aquel don.

El corazón de la joven artista no había parado de latir con gran fuerza desde el momento en el que pintó el cuadro, con su rítmico poder parecía querer derrumbar las paredes nacadas que al envolvían y luchar contra todo lo demás. Quería pintar más.

Lo intentó, trató de reflejar en otros cuadro todo el dolor que llegó a imaginar, las escenas más perversas y degeneradas, sin embargo, resultaban artificiales, pesadas, carentes del espíritu que había conseguido con su primer cuadro, lo había comenzado a denominar así porque lo consideraba el inicio de su verdadero arte, su verdadero yo. Sin embargo, sabía perfectamente cómo recuperar ese espíritu y traerlo de vuelta a sus sangrientas redes.

Algo había cambiado dentro de ella, la joven que pintaba el cristal puro y perfecto, comenzaba a desquiciarse, el bien y el mal se fundían en un simple paso que le proporcionaba el medio para conseguir su propósito. La vida y la muerte se convertían en instrumentos utilizados a su antojo y los remordimientos no eran más que una lejana canción olvidada, un inútil y sometedor patrón de la sociedad. Su arte la había hecho libre.

Marcó el número de teléfono y llamó a su mejor amiga. Era hora de que ella conociese su pincel de primera mano.

Llegó en apenas unos minutos. La conocía desde que amabas eran apenas una niñas y comenzaban a pintar con acuarelas. Su amiga era risueña y alegre, siempre había conseguido animarla en los momentos de dificultad, un poste donde asirse cuando el suelo comenzaba a temblar; eran tantas las situaciones que habían pasado juntas que

apenas podía describirlas. Y sería su medio para poder volver a llegar al reino del arte.

Se sentaron juntas mientras tomaban un café, en ningún momento dejaron de reír, no pararon de contar anécdotas, se encontraban tan unidas que parecía imposible que fuese a suceder lo siguiente.

La joven artista miró a su amiga a los ojos, sonriendo y depositando todo su cariño en la mirada, no quería que sufriera. A continuación, clavó con fuerza un alargado punzón en el corazón de su amiga. Esta la miró incompresiblemente durante un momento antes de caer encima de la mesa, esparciendo café y pastas por el suelo. Apenas tardó unos segundos en morir.

La joven artista estaba emocionada, apenas cabía en sí de gozo, daba pequeños saltos de alegría y reía de forma cristalina. No consideraba lo que acababa de hacer un delito, sino el mayor acto de amor que podía proporcionarle a una gran amistad, iba a convertirla en puro arte, a eternizarla, a volverla algo superior a lo humano, era un acto de enorme generosidad lo que iba a darle a su amiga.

No tardó en ponerse manos a la obra. El pincel surcó las olas de los pliegues del lienzo, imprimiendo el color, captando cada detalle de la situación. En esta ocasión la conexión era todavía más profunda, ya que la relación entre ambas jóvenes había sido muy fuerte.

La escena no escatimaba en el horror y las sombras. El cuerpo caído sobre la mesa, la sangre cayendo en pequeños hilillos desde la mesa, los brazos derrotados, pareciendo una simple muñeca de porcelana. Un fervor de grandes proporciones le recorrió el cuerpo, continuó pintando toda la noche y el día siguiente, sin dormir, ni comer, ni descansar un segundo, tan solo una pincelada tras otra. Y, finalmente, terminó.

No podía mantenerse quieta, era demasiado feliz, había conseguido volver a hacerlo, la obra contenía toda la bestialidad humana, el espíritu negro y el misterio de la muerte. No tardó en ser expuesta, la joven empezó a hacerse un hueco en el competitivo mundo del arte, las revistas empezaron a alabar su estilo innovador y los mejores maestros la invitaban a charlas o prácticas. Su nombre era cada vez más escuchado.

Pero a ella no le importaba nada de eso, no eran más que simples distracciones de su verdadero objetivo: crear más y más de su arte, inundar el mundo con sus cuadros expresando el dolor y la oscuridad. Dejó de dormir y cuidar su cuerpo, observando, cautivando cada detalle de la vida para poder plasmar a su antagonista. Decidiendo, cavilando, pensando continuamente quien sería el siguiente. Había comprobado que cuanto más estrecha era la relación con la persona asesinada mayor era su habilidad para captarlo.

Estaba completamente desquiciada, sus ojos no paraban de moverse en las órbitas y sus manos se movían con algún tic nervioso. Pero, al fin, desde el crisol de la obsesión logró encontrar a la persona adecuada, aquella que alcanzaría a proporcionarse el siguiente nivel de su arte.

La llamó lo más pronto posible, inquiriéndole que viniese a su estudio y esta no tardó en presentarse.

Apenas había cerrado la puerta tras de sí, la joven artista hundió un cuchillo en las entrañas que la habían visto nacer: su propia madre. Observó de forma impasible sus súplicas y lloros. Indiferente. Susurraba su nombre mientras trataba de cerrar la mortal herida de su cuerpo y los quejumbrosos gemidos empezaron a inundar la sala.

Los modelos eran demasiado propensos a quejarse.

En cuanto su propia madre estuvo muerta empezó a retratar la escena, poco importaba que la persona que acababa de desaparecer fuese aquella que lo había dado todo por ella, que había trabajado duramente para proporcionarle lo mejor, que la había apoyado hasta en sus peores decisiones y había sufrido por ella en cada momento. Poco importaba todo eso. Era un nuevo paso en su arte.

En esta ocasión utilizó un nuevo pigmento, en un pequeño frasco guardó la sangre de su madre y comenzó a pintar con ella. Las viscosas gotas salpicaban la tela y danzaban con el pincel. Resultaba irónico que para pintar la sangre del cuadro utilizase la propia sangre que estaba retratando.

El cuadro era un perfecto testigo del parricidio cometido, mudo, pero con su propia existencia era un manifiesto gritando desde la más alta torre, pero nadie la creería, pensarían que solamente se encontraba en la mente de la artista, su imaginación; en ningún momento se imaginarán que estaban siendo cómplices inconscientes de graves crímenes.

La obra fue acabada rápidamente, superaba a las dos previas en sentimiento, con solo mirarla los ojos imploraban apartar la vista. La joven no paró de soltar risas teñidas de locura hasta que dejó el cadáver junto el de su mejor amiga en el fondo de un arcón.

Mandó su gran obra al mundo pero continuó encerrada, aislada, no quería que sus ponzoñosos comentarios la confundiesen, no quería sus vanas adulaciones. En su cabeza continuaba buscando más arte. Había expresado todo el horror posible que había cometido, había llegado a asesinar sin pensarlo a su madre solo para alcanzar ese propósito. Pero no sentía ningún tipo de remordimiento y no derramó ninguna lágrima por ellos. Nadie comprendía la verdadera belleza, huían aterrorizados de ella cuando la representaba o quedaban fascinados por la curiosidad mórbida pero no sabían apreciar la verdadera belleza contenida en el paso de la vida a la muerte. Eran demasiado inocentes y débiles para ello. Ella les estaba abriendo los ojos poco a poco, pero necesitaba más.

Y, de repente, lo comprendió, entendió como hacer que su arte llegase al máximo exponente, al pedestal de obra maestra del que nadie podría sustituirla, les revelaría todos los secretos de golpe y alcanzaría la imperfección más perfecta y la brutalidad más delicada.

Como tantas veces antes comenzó a pintar, esta vez sin embargo la emoción no se podía

controlar y corría salpicando colores de un lado a otro, captando la imagen metal de la joven, dando lugar a una macabra escena, perfilando los horrores. El pincel se había convertido en el más afilado puñal, capaz de esparcir sangre con un simple gesto, en un sencillo movimiento, las vidas se sesgaban a su paso. Era su propia guadaña.

Continuó pintando, se sentía conmovida y profundamente conectada con su arte, con una unión tan perfecta y sencilla que era imposible tratar de explicarlo.

La alegría y la felicidad la envolvían con tal fuerza que no podía hacer más que soltar lágrimas bajo su presión.

Y, por fin, al cuadro no le quedó más que un detalle, un simple y delicado, maravilloso y especial detalle.

Cogió la espátula, aquella con la que había comenzado todo, y mientras miraba el cuadro con un sencillo movimiento se cortó el cuello.

La sangre se derramó sin contemplaciones sobre la obra, bañándola en un rojo escarlata. En el suelo, el cadáver de la joven y la espátula constituían el final.

Y debajo de toda aquella sangre, aquel horror, el cuadro revelaba a una joven con un pincel en la mano derecha y mientras que con la izquierda sostenía una espátula con la que se estaba cortando el cuello. Sin embargo, era su sonrisa lo más extraño, esa sonrisa tan fuera de lugar que extrañamente, también estaba pintada en el cadáver de la joven artista.

2

Has otorgado lo que tienes a un banal propósito, arrojado tus dones a un vacío infinito por los pecados más rudimentarios y simples. El ser humano tiene mayor utilidad que abalanzar su cuerpo a un agujero sin sentido en el que rellenar el cuerpo de placeres carnales es más importante que cultivar el alma y el espíritu.

Cada día que pasa, cada hora, cada minuto y cada segundo se escapa el tiempo a través de tus dedos, arena de incalculable valor. Mientras estás leyendo esto él continúa su inexorable paso. Caminas por el mundo sin planteártelo: en cualquier momento todo podría acabar y el recordarlo no lo hace menos cierto, pero este recuerdo tampoco sirve para convertirse en una tortura eterna; es un aliciente para mejorar nuestra existencia.

Tienes el mundo a tu disposición, úsalo y ayúdalo, posees habilidad de sobra.

Pero si continúas por el mal camino las consecuencias pueden ser impredecibles, y mucho me temo que en ningún lugar serán beneficiosas.

Conoce y aporta conocimiento.

Y por si no lo habías hecho ya: siéntete aludido.

3

No podía parar de mirarla, tan perfecta, tan frágil. Resultaba difícil de creer pero aquella persona con la que había compartido mi vida, ahora se encontraba allí.

Tumbada. Distante. Fría.

Apenas podía recordar todas las risas que habíamos pasado juntos, constituían una balada perfecta de nuestros momentos. Todo era demasiado breve, o por lo menos nuestro cuerpo así no los hace parecer ya que no es capaz de guardar nuestro mayor tesoro: los recuerdos. De esta forma cada vez desaparecen más rápido y, el tiempo, desfile de misma marcha, no cambia, es nuestra propia percepción sobre él la que se transforma: de jóvenes un año es una gran proporción de nuestra existencia, matemática pura, sin embargo, al crecer, este va perdiendo su porción, convirtiéndose en un mísero intervalo, pero sigue igual, midiendo lo mismo y somos nosotros los que cambiamos nuestra visión.

Me acerqué a su rostro. Casi parecía que estaba durmiendo y me podía imaginar su respiración y su sonrisa, casi apareciendo en el borde de las comisuras de los labios, el leve rubor con el que se despertaba y esa risa cantarina que siempre la acompañaba y podía alegrar mi existencia en pocos segundos. Su aroma había cambiado, resultaba aséptico, cuando normalmente el dulzor no la abandonaba. Me acerqué a su pelo castaño y aspiré profundamente, tratando de rememorarle todo pero resultó imposible, nada había quedado de aquel olor.

Lentamente recorrí su rostro con la punta de la nariz, mientras que con los dedos exploraba su cuerpo, tratando de recordar cada vestigio, cada detalle, hasta los más ocultos. Llegué a subirme encima de ella y tumbarme a su lado en aquella cama fría y metálica. Sus ojos permanecían cerrados. Seguía acariciándola. Tal vez me notase en la distancia, la muerte no podía separarnos y, esta podía ser nuestra particular forma de comunicación.

Recorrí los caminos de su cuerpo con dedos hábiles, abrazándola y sintiendo piel contra piel, el contacto por un lado frío y por el otro ardiente de deseo.

Me uní más a ella, en un continuo baile, en un principio avergonzado, asqueado, pero conforme los paseos se hacían más firmes comencé a disfrutar del vals, como antaño, cada vez más rápido y salvaje, surgido desde las mismas entrañas, hasta terminar con una explosión de vida y una pequeña muerte.

Junté mi rostro al suyo y sus labios helados rozaron los míos.

4

Volví a fijarme en la imagen del espejo, los huesos resaltados sobre la pálida piel, los brazos delgados y débiles, el aspecto demacrado y el cabello alborotado metido entre los ojos. Las costillas conseguían percibirse a pesar de la camiseta que llevaba puesta y con una simple mirada se podían adivinar mis escuálidas piernas.

Sentía el sabor a vómito en la garganta, en un principio me había dado asco, sin embargo, con el paso del tiempo me había acostumbrado, se había convertido en algo demasiado común como para que me molestase. Me peiné un poco de forma que no me molestase tanto el cabello y me observé de nuevo, el aspecto había mejorado un poco y con la sonrisa que me permití regalarme incluso llegaba a ser aceptable.

A mi espalda continuaba oyendo las arcadas y los vómitos, cada vez más furiosos y bruscos, guturales y surgidos desde las entrañas, un escalofrío me recorrió lentamente la espalda. El sonido era algo a lo que nunca podría acostumbrarme, perforaba todas mis inhibiciones y me sumía en la desesperación. Pero me sobrepuse a todo ello y conseguí sacar fuerzas.

Me dirigí a uno de los apartados del baño, justo desde donde partían los sonidos, demasiado forzados y dolorosos, abrí la puerta y allí, apoyada junto al retrete, se encontraba la mejor chica con la que se podría haber soñado. O por lo menos era así para mí. Su aspecto no resultaba muy atractivo: demasiado pálida, las venas resaltaban como azules carreteras a lo largo de sus escuálidos brazos, demasiado delgada hasta resultar perturbador, sin embargo, mientras una persona normal solo vería la horrible delgadez que aseteaba su cuerpo, yo veía más allá, admiraba sus ojos claros y su cabello indómito pero sobre todo su profundo espíritu, tan delicado y frágil como el cuerpo que lo albergaba pero tan conectado a las profundidades de la mente humana que podía estar horas escuchándola, solamente deleitándome en sus pensamientos sin corresponderla, y todo ello surcado con sus risas espontáneas, tan divertidas que cuando salían disparadas de su boca, no podía hacer nada más que dedicarle todo lo que tenía de mi media sonrisa.

Pero ese espíritu estaba angustiado y atrapado. Y yo no podía hacer nada más que ayudarlo.

Me arrodillé junto a ella e hice que se apoyara sobre mi hombro, el romanticismo de la escena quedaba truncado por el hecho de que estábamos contemplando el agua del fondo de un retrete.

- No lo consigo - me susurró con la voz rota y angustiada en el oído- Hoy no puedo, pero quiero hacerlo, necesito hacerlo.

La hice callar colocando mi índice sobre sus labios, pero empezó a sollozar y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Me acerqué a su rostro y le di un beso, suave, puro e inocente. Le acaricié la mejilla con mi mano derecha mientras le susurraba que todo saldría bien.

Poco a poco mi mano se fue acercando a su boca, la miré a los ojos y le transmití todo el amor y cariño que sentía, ella asintió. Mis dedos recorrieron con delicadeza su interior suavemente empapándose de saliva cálida y resbaladiza, notando los dientes debajo de ella, lentamente, muy lentamente, me fui introduciendo hasta tocar como un resorte el punto final.

Su cuerpo sufrió una sacudida, un sonido gutural y al instante su cuerpo se arqueaba hacia el váter, depositando todo el sonido de su estómago. Le aparté el pelo y la acaricié durante todo el proceso.

Yo la amaba. Y nadie entendía lo que hacía. Supuestamente mi amor por ella me haría cuidarla y protegerla, como mínimo hacer que su salud estuviese a salvo. Pero yo no cumplía esa misión. Lo intenté, hace mucho tiempo lo intenté; cuando descubrí que cada día la bulimia la arrastraba a sus dementes brazos yo traté de impedirlo, peleé con ella para que lo dejase pero resultó imposible. Concebía la enfermedad como una parte de su vida, su alma oculta tenía ese secreto en su interior y si se eliminaba todo lo que se había construido encima se perdería para siempre. La bulimia y ella eran una sola, no había separación.

¿Cómo tratar de romper al ser amado? Imposible. Los débiles creen que se debe cambiar a la persona que amas, adaptarla como el barro entre los dedos de forma que las piezas encajen. Eran demasiado obtusos.

Yo la seguí amando y vi cómo se ocultaba, su dolor debido al secretismo, su triste mirada mientras se iba a esos breves ratos en los que desaparecía, sufría, podía notarlo, tenía que mantenerse en las sombras y estas habían comenzado a dañarla. Hice lo que creí correcto.

Me uní a ella.

En un principio fue difícil, era tan antinatural que prácticamente me resultaba imposible vomitar, meforcé una y otra vez hasta que lo conseguí. A pesar de que comía el doble empecé a adelgazar con rapidez, convirtiéndome en el espejo masculino de ella, su complementario.

Esperaba que al verme así se reflejase a sí misma y parase con todo aquello pero no sucedió así. Encontró en mí su más firme apoyo, el hombro sobre el que levantarse en los momentos de debilidad. Antes estaba continuamente nerviosa y demacrada, ahora estábamos horas tumbados sobre la hierba, soñando con mundos imaginarios. Y me sonreía continuamente. No era como antes, apenas un gesto forzado o difícil de obtener, y casi siempre teñido con una nota de tristeza en sus ojos; ahora sus carcajadas eran sinceras y alumbraban el mundo, regalaba sus sonrisas al universo de forma espontánea, alegres y cariñosas pero para mí tenía reservadas las mejores, en ellas los ojos le brillaban y las aletas de la nariz le vibraban de emoción y siempre conseguía contagiarme con su energía.

Gracias a mí había conseguido encajar una parte de sí misma de forma natural, una porción que había rechazado siempre y había guardado en el arcón más profundo de su personalidad. Pero ahora no, claro que seguía siendo un secreto, pero la carga no era tan pesada cuando se compartía.

Yo era feliz, junto a ella era feliz, daba igual lo que estuviésemos haciendo, el brillar de sus ojos me insuflaba fuerzas para hacerlo de nuevo.

Nadie comprendía lo que hacíamos, pero para qué explicárselo cuando los prejuicios los tenían tan atados que nunca podrían librarse de ellos.

Cuando terminó se limpió cuidadosamente los labios con un pañuelo y me regaló una de sus sonrisas mientras articulaba un "Gracias" con los labios. Yo reí. ¿Por qué? ¿Por qué no hacerlo? Ella también comenzó a reírse, con su cabello danzando de un lado a otro y su mirada perforando mi alma.

Me acerqué a su rostro, sentí su aliento en la punta de mi lengua y la besé, con todo el amor que sentía dentro, con la pasión juvenil, con el dolor y el sufrimiento, con el secreto; con lo mejor y lo peor. Sabía ácido, a vómito, pero no lo rechacé si no que lo acepté con mayor ansia.

Así era el amor, tan repugnante y rechazable que cada vez lo deseamos con más fuerza.

5

Has caminado toda la noche, te duelen los pies, no están acostumbrados a que los maltrates de esa manera. El cielo comienza a clarear, el velo de la noche comienza a retirarse, revelando todo lo que queda detrás: el rocío de la mañana que empieza a verse en los tréboles del camino, pequeños espejos que reflejan el arcoíris hacia tus ojos dormidos. Rechazas esa luz, das una fuerte sacudida de la cabeza y el pelo te golpea las mejillas, resulta extremadamente gratificante, te sientes a ti mismo, a una parte de tu cuerpo, aunque sea una porción tan simple como el cabello. El leve crujir de la grava bajo tus pies también te reconforta; aspiras lentamente el aire que con extremada frialdad va recorriendo los conductos de tu cuerpo.

Por fin, al fondo del camino, se encuentra tu recompensa, una figura comienza a recortarse frente al sol naciente. Es desgarbada y tiene el rostro cubierto por una capucha pero te resultan indiferentes los detalles: lo conoces bien de otras ocasiones.

Desde el momento en el que lo ves te da igual la belleza de la naturaleza que se revela a tu alrededor, los pequeños trinos silvestres que juegan en tus tímpanos, reverberando una y otra vez, sin parar de tocar como un tambor, no logran que cedas ante sus virtudes, tampoco el intenso olor de las amapolas salvajes que deliciosamente revolotea justo delante de tu rostro consigue sacudirte. Tu mirada permanece fija en la figura al fondo del camino, no apartas nunca la vista, devoras cada detalle que pueda ofrecerte.

Al final llegas a su lado, pero no te fijas en su rostro, sus manos te resultan mucho más interesantes, huesudas y reseca con los nudillos blancos resaltando.

Te da un pequeño objeto, lo sostienes y lo guardas en el fondo de la manga de tu harapiento abrigo. A cambio, le arrojas un puñado de billetes arrugados. La figura se aleja sin que le hayas dirigido la más mínima palabra.

Corres hasta la cuneta y te arrojas de rodillas sobre ella, no importa el barro y la suciedad ni las ropas sucias y sudadas. Coges el objeto entre tus manos, se agitan, apenas logras controlarlas y varias veces cae al suelo, pero lo vuelves a recoger a los pocos segundos, apretándolo contra tu mejilla, asegurándote de que es real. Con la manga te limpias la nariz y respiras para tranquilizarte.

El objeto es un pequeño estuche, apenas una pequeña cajita, la abres con cuidado, sabiendo lo preciado y caro que es lo que se encuentra dentro.

Una pequeña jeringuilla que contiene la felicidad.

La coges de forma compulsiva, enferma, adictiva, egoísta. La asías fuertemente con los dedos, obligándote a serenarte. Te remangas la manga izquierda y respiras durante un segundo. Eliges cuidadosamente la vena y con pulso certero introduces la aguja, que con facilidad penetra a tu interior, la sientes dentro de ti, después el líquido, frío y antinatural comienza a fluir por tu sangre. Una vez has terminado sacas rápidamente la jeringuilla y la arrojas a lo lejos. Ahora solo queda esperar unos momentos, empiezas a sentir como poco a poco el ansia de tu interior se serena y comienza a desaparecer, esa vocecita que te empujaba a obtener más empieza a estar saciada.

Después comienzan las risas espontáneas y las energías de golpe renovadas. Los saltos diabólicos y los gritos de euforia. Sin embargo, no es como las otras veces, algo va mal y lo notas en el ambiente. Sientes el pecho ardiendo, desesperadamente intentas arrancarte las ropas pero no hay tiempo. De repente, tu corazón se revela contra esa brutal explotación. Caes al suelo, el barro se introduce en tus ojos, nariz y boca, impidiéndote respirar, pero de todos modos, no puedes hacer nada.

6

Arranca las cadenas, no dejes que te sometan, otorga a todo tu ser la máxima libertad y no dejes que nadie te la robe, porque sin ella no serías nada, apenas un leve reflejo de estereotipos mal unidos, ¡revélate contra todo eso!, la crítica ajena nunca te sostendrá pero tu propia concepción de ti mismo sí, siempre lo hará.

Otorga tus máximas al mundo y, con brusquedad, con un golpe, un cambio, házselas ver al universo. Muchos no las comprenderán, pero con que uno solo, únicamente uno solo las haya podido apreciar, habrá merecido la pena.

7

Sentir el cuerpo ardiendo, atravesado por multitud de pequeñas balas, el plomo que como un rayo divide lo natural, la unión de carne y hueso, dejando tras de sí una única estela de dolor y fuego.

Los pulmones parecen inundados con un alma ardiente que lucha una encarnizada batalla en el interior, el corazón, un caballo desbocado al borde del agotamiento y la confusión atenazando con sus garras cada uno de los sentidos.

La purificación alcanzada por medio del dolor, la forma que a partir de la manera más cercana de unión con lo terrenal nos permite acceder a los más altos grados de meditación, un impulso que te traslada lejos, el gutural grito que te permite llegar más allá de los límites establecidos por las leyes de la realidad.

Caer al suelo, purgar tus pecados, uno a uno mientras sientes cada detalle cometido revoloteando con alas oscuras sobre tu mente ¿Oscuras? Tal vez su oscuridad no sea más que la luz pura, tan fuerte y sincera, que nos vemos en la necesidad de cerrar los ojos, ocultando a las sombras, creyendo la verdad como mentira, a pesar de que se levante y yerga con orgullo. La liberación, apenas comprendida por un puñado.

Un cuerpo danzando, lamido por las llamas; un bidón de gasolina, un mechón de pelo rubio, un polvo blanco, una voz lejana, una casa de fantasmas, una soledad aglomerada, un libro de pájaros, una historia aún no contada, una sucesión interminable de palabras, una puerta aún no cerrada, un disparo en la ventana, una esperanza borrada, una daga acaramelada, una rosa desesperada y una tortura amada. Dieciséis cuerpos en el suelo sin razones, cientos de plomos atravesando la carne, la cordura enloquecida, la locura encordecida; la excusa no lograda, las acusaciones proferidas, gritos al aire, umbrales de profanos, Jyggalag ha llegado, Sheogorath apenas lo ha notado y, la madre, rezando.

El cuerpo en el suelo y el final acabado, los pecados purgados y el dolor sanado ¡la venganza ha llegado! Es tanto lo que se ha alcanzado, una charla inacabada y con la alegría aun danzando, alas iluminadas que, poco a poco, se van apagando.

El fin ha acabado, el comienzo ha empezado, todavía queda todo por llegar, alcanzar la gloria y la eternidad.

Y justo antes de cerrar los cansados ojos de una vez, algo revolotea en los bordes de la mirada.

Violeta, tal vez.

8

Cuando tienes diecisiete años suceden muchas cosas.

Cuando has vivido diecisiete años en un orfanato y nunca has conocido a tus padres suceden muchas más.

Pero si además le añades que tu vida ha estado siempre rodeada de un halo de misterio e imaginación pues las leyes de la posibilidad indican claramente que puede suceder casi cualquier cosa.

"Puede suceder casi cualquier cosa"... Pero incluso teniendo en cuenta esa premisa, que un día te acuestes en tu habitación y de repente te despiertes en medio de una explanada de hierba grisácea pues no podemos llegar a imaginarlo ni en nuestros más aventurados sueños.

Nea era la chica a la cual le había sucedido esto. Un día se acostó en su húmedo, apestoso y ruidoso colchón y cuando se despierta se encuentra tumbada en el centro de una gran pradera grisácea y con un cielo plomizo sobre la cabeza.

Nea pensó durante un momento que era un sueño, había sufrido tanto en sus diecisiete años de edad que no iba a preocuparse por un simple sueño. Además, no era la primera vez que le sucedía, en el orfanato, desde que tenía memoria la habían tachado de demasiado imaginativa, sombría y marginada, incluso más de una vez la habían llamado loca. Nunca se llevó bien con las demás niñas, demasiado alegres y extrovertidas. Prefería encontrar lugares sombríos y solitarios y, desde allí, viajar a sus propios mundos interiores. Era algo intrínseco a ella, no se lo planteaba.

Sin embargo, en unas pocas ocasiones, muy pocas, viajaba a otra parte, pero este lugar no era producto de su imaginación, era otro mundo, extrañamente desolado y gris. Allí no era como otras veces, sentía claramente todo lo que tenía a su alrededor, pero apenas daba uno o dos pasos y regresaba rápidamente al mundo cotidiano, de forma completamente involuntaria. Siempre los había considerado sueños, pero al regresar no tenía la sensación de haber dormido y se encontraba en lugares diferentes y alejados de donde recordaba haber estado.

La primera vez que le sucedió tenía siete años y estaba tan asustada que corrió a contárselo a la directora del orfanato, obviamente su visión difería de la pequeña y la ignoró completamente. La niña insistió tanto, gritando, pataleando e incluso enfrentándose a los demás de forma agresiva que la ataron durante toda una semana a la cama tachándola de loca. Desde entonces, cada vez que le volvía a suceder no se lo contaba a nadie, sabiendo que no lo entenderían.

Pero esta vez era diferente, se levantó del suelo y miró a su alrededor: era el mismo lugar donde aparecía siempre. En medio de una gran explanada con hierba gris y mustia, libre de vida, una desvencijada valla de madera rodeaba el territorio, muchos de los tablones que la componían se habían arrodillado ante el paso del tiempo y el orgulloso gris metálico del espino se había transformado en el sometido rojo cobre. Al final, comenzaba un camino empedrado, cuyas baldosas estaban rodeadas de pequeños brotes.

Llegó a dar dos pasos y esperó un momento, segura de que regresaría al mundo normal. Sin embargo, no sucedió nada. Nunca antes había permanecido tanto tiempo allí, siempre había vuelto antes y esta vez tenía la sensación de que no iba a retornar inmediatamente.

Comenzó a sentir frío en los pies desnudos y una suave brisa la hizo estremecerse a través del camisón que llevaba. Antes de que se diese cuenta ya estaba tiritando y trataba de abrazarse para entrar en calor.

Se dirigió hacia el camino ya que era lo único que destaca en aquel paraje solitario y silencioso. Y justo al lado de la valla, donde se encontraba la primera piedra del camino, se encontró un vestido y unas buenas botas. El vestido no era como nada que hubiese visto antes: de un poderoso azul oscuro, no parecía estar realizado para ensalzar la belleza, sino para mostrar una terrible superioridad e indiferencia. Llegaba hasta las rodillas y extrañamente era cómodo y fácil de llevar, podía realizar cualquier movimiento sin verse estorbada o limitada por la falda. Poseía grandes hombreras metálicas y cubiertas de picos, de forma que resultaban bastante peligrosas, además del cuerpo surgían delgadas tiras de cuero rematadas con pequeñas dagas. El tejido era fuerte y áspero, de ningún material que pudiese identificar pero que le resultaba cálido en el ambiente y permitía llevar cómodamente el vestido sin que resultase demasiada carga.

Las botas eran pesadas y rematadas con unas puntas de acero, robustas y fuertes, que parecían poder aplastar cualquier obstáculo del camino con ellas.

En conjunto su aspecto resultaba rudo y salvaje, poderoso. Se tomó un segundo para admirar su aspecto, y no pudo hacer otra cosa que liberar una sonrisa. Nunca se había sentido tan segura, a pesar de estar en un páramo tan siniestro y oscuro.

Siguió el camino, ya que era la única referencia que podía encontrar. Las piedras eran irregulares y estaban mal colocadas, de forma que dificultaban el avance y llamaban continuamente su atención, para tratar de no tropezar con ellas.

Estuvo caminando bastante tiempo, pero le resultaba imposible determinarlo, el paisaje no había variado lo más mínimo y la luz tampoco, esta parecía proceder del cielo mismo, como una especie de luminiscencia de gris apariencia que no aumentaba ni disminuía de intensidad.

Por fin, empezó a sentir que el camino ascendía, elevó la mirada y pudo comprobar que el camino continuaba por una colina. No se podía averiguar que estaba en la cima pero según iba acercándose empezó a escuchar una voz. Al principio le resultaba inteligible, los jirones de viento le traían murmullos inconclusos que eran imposibles de unir, poco después empezó a distinguir. Aquella voz estaba cantando, la melodía se revelaba poco a poco en el aire. Progresivamente esta se hizo más fuerte y pudo apreciar una voz masculina y armoniosa que cantaba, resaltando con gran énfasis algunas palabras con un

tremendo golpe de voz, pero en conjunto la canción resultaba hermosa. De repente, al dar un paso, la letra se le reveló ante sí y pudo apreciarla al instante:

- "¡Titila, luce, vampiro!

¡Cuál será tu alado giro!"

Los versos se repetían hasta la saciedad, continuamente uno detrás de otro, pero en contra de parecer aburrida o monótona, resultaba excitante y emocionante, cada que vez que escuchabas la letra, esta desaparecía de tu mente, de forma que cada vez que la oías era completamente nueva. Al final de cada verso producía un pequeño grito que a Nea le podía los pelos de punta, pero que deseaba apreciar una vez más. Con esa melodía de fondo continuó ascendiendo, cada vez más deprisa, para llegar al origen de la voz.

Por fin, llegó.

Delante de ella se extendía una explanada de hierba gris y mustia y, en el centro, una larga mesa ocupaba el protagonismo; a su alrededor estaba llena de sillones, butacones, sillas, sofás, taburetes y demás, cada uno diferente al anterior, con formas extrañas e inadecuadas. La mesa estaba cubierta de bandejas, platos, pastas y teteras humeantes de forma tan desordenada que parecían tiradas por alguna furia descontrolada.

Todo eso resultaba extraño en la cima de la colina, pero lo peor era la figura que ocupaba un gran sillón orejero de terciopelo granate desgastado al final de la mesa.

Era un chico joven, vestido con una chaqueta negra, una camisa blanca y una corbata desabrochada, dándole un aspecto informal. Estaba coronado por una chistera negra con un pañuelo rojizo atado a su alrededor. Su pelo caía desordenadamente por los lados de la cabeza y la frente, de forma libre y caótica, acentuando su aspecto general de demente. Pero sus ojos resultaban lo más destacable, de un color gris profundo parecían cambiar de tonalidad a cada segundo que pasaba: azul, verde, violeta y rojo: y esto se alternaba con sus pupilas que se contraían y dilataban en segundos en una macabra danza. A pesar del cambio de color y de las pupilas, Nea estaba segura de que sus ojos eran grises, para ella era una certeza. Estos ojos se encontraban inmersos en la tarea que tenía delante.

En un plato justo enfrente de él se hallaba un lirón muerto. Cada vez que el joven terminaba un verso de su canción, elevaba la mano, que sujetaba una daga plateada y apuñalaba el cuerpo del animal; parecía tan emocionado por la tarea que soltaba un risa pura y limpia, que era el final de cada verso. Cada vez que apuñalaba al lirón, un chorro de sangre le salpicaba el cuerpo, sin embargo, en cada ocasión la sangre era de un color diferente: roja como la herida, verde como el veneno, azul como la asfixia, negra como la infección y violeta como la noche; pero el joven estaba impoluto cuando volvía a apuñalar el cadáver.

Parecía un juego entretenido y muy divertido por la actitud del joven, sin embargo, toda esa situación macabra destrozaba por completo el juego infantil.

Nea estaba petrificada, le resultaba imposible moverse, algo retenía su cuerpo contra su voluntad en aquel lugar, observando como la macabra canción se repetía una y otra vez y cada una de las puñaladas resultaba más repugnante. De repente, la voz dejó de cubrir el aire y sintió aquellos ojos increíbles mirándola desde el otro lado de la mesa.

Aquel joven esbozó una media sonrisa, pero le quitó toda la posible amistad que esto podía desprender: era siniestra. Mantuvo la daga en alto, que otra vez se hallaba reluciendo ante la pobre luz grisácea e hizo algo inesperado, en un simple movimiento se la pasó por la lengua, de forma que se fue cortando longitudinalmente y su sangre roja y espesa, le salpicó los blancos dientes y empezó a escurrirse por las comisuras de los labios y la barbilla. Parecía salido de un banquete sanguinario.

Se levantó bruscamente y avanzó corriendo hacia ella sobre la mesa, derribando teteras y platos a su paso. Finalmente se encontró junto a Nea y esta pudo apreciarlo mejor. La sangre y el corte de la lengua habían desaparecido y ahora le revelaban una sonrisa de complicidad. Los ojos permanecían estáticos en el color gris, pero las pupilas continuaban variando de tamaño, esta vez más lentamente. Tanto el sombrero como la chaqueta eran de color negro azabache y reflejaban la luz de una forma tan bella que no podía parar de mirarlos, el cabello era indómito y salvaje y contribuía a reafirmar ese aire de libertad que le envolvía.

- ¡Alicia!- fue lo primero que pudo gritarle a la joven cuando se encontraba a su lado. Los ojos le brillaban y los labios le temblaban de la emoción.- ¡Qué bien que hayas venido!

- Lo siento- temía hablarle pero creyó necesario responderle- pero no me llamo Alicia, soy Nea.

El loco quedó un momento desconcertado, pero en seguida volvió a sus "cabales".

- Bueno podemos entretenernos sin Alicia- parecía esperar un momento, recordando y al momento la inquirió.- Vaya nombre, Nea, desde luego tus padres no te querían.

- Soy huérfana- dijo tratando de poner el mayor odio en cada sílaba.

- Normal, con ese nombre.

Se hizo un momento de silencio en el que aquel tipo continuó andando a su alrededor, demasiado cerca, incomodándola.

- ¿Y se puede saber cómo te llamas tú?

- No

- ¿Qué?

- No se puede saber y desde luego menos si lo preguntas con ese tono y sin los modales de una persona educada. Como comprenderás, soy un completo caballero.

- Pues no acabas de ser muy educado con mi nombre.
- Es imposible ser un verdadero caballero con ese nombre, es posible que lo secuestre y lo ahogue en el fondo del mar, así te podrías buscar otro y yo podría ser un caballero.
- Creo que no funciona así.
- ¿Ah, no? - acercó su cara a unos centímetros de la de la joven- Atrévete a refutarme.
- En primer lugar...
- Lo ves, ¡no puedes!- dijo interrumpiéndola.

Nea comenzaba a irritarse cada vez más, pero le resultaba imposible mover los pies, como si se encontraran paralizados por el hechizo de algún tipo de cuento infantil.

- Pero, ¡¿Se puede saber dónde he dejado mis modales?!- gritó el extraño personaje.

Nea iba a responderle cuando se dio cuenta de que los estaba buscando literalmente; revolvió sillones y levantaba bandejas en busca de sus modales perdidos.

- Creo que los encontré- dijo con una sonrisa.
- ¿Por qué atacabais a ese lirón?- la chica tenía algún tipo de curiosidad mórbida por ese asunto.
- Era divertido.
- ¿Cómo va a ser eso divertido? Es repugnante.

- Repugnante... - pareció quedarse unos momentos pensativos contemplando el horizonte donde ningún astro lucía- La gente de tu mundo se arroja a los placeres carnales: comen hasta que no pueden más, sin ninguna necesidad; beben hasta quedar inconscientes e insultan y pelean contra sus iguales sin el mayor motivo que el orgullo y el salvajismo. Arrojan críticas detalladas de los demás, pero en ningún momento se plantean las consecuencias o lo aplican sobre sí mismos. ¿Acaso eso no es también repugnante? Pero es considerado divertido. Lo mío es mucho más sano.

Aunque la argumentación era bastante lógica, Nea tenía ciertas dudas sobre la salud mental de ese personaje.

- ¿Qué edad tienes?- le preguntó desde algún punto de su espalda, pero no podía girarse para verle.
- Diecisiete años.
- ¡Como yo!- gritó entusiasmado mientras reaparecía en su campo de visión- Me das un gran alivio, casi había pensado que tenías dieciocho y...- un pequeño escalofrío le recorrió la espalda.- Me asusta la gente tan mayor.

Nea había decidido que lo mejor era dejarle estar con sus pensamientos.

- Ahora, caballero, si usted me lo permite, dado que yo he sido tan gentil de decirle mi nombre, me gustaría saber el suyo.

Parecía gratamente alegrado de ese método de preguntarle la identidad, por lo que Nea pensó que le contestaría.

- "Los nombre abren

las puertas de la calma

y siempre que hablen

conocerán su alma"- recitó con una voz plagada de matices.

Nea se quedó un rato esperando. Ambas se estaban mirando a los ojos. Ninguno parecía ceder hasta que finalmente:

- Ganas- admitió el joven.- Me llamo Raiv. Espero que sepas apreciar bien mi nombre, es muy importante.

Ambos volvieron a quedar en silencio. Raiv comenzó a moverse a su alrededor, la luz reflejaba de forma extraña en el sombrero. De repente, la voz del joven rompió el silencioso ambiente.

- ¿Quieres verme desnudo, amante cósmica?- su frase carecía por completo de sentido.

- ¡¿Pero qué dices?!- gritó Nea completamente indignada mientras trataba de liberarse de su prisión y apartar a Raiv de su lado.

Mientras tanto el loco no paraba de reírse con una risa silenciosa, lo que no hacía más que aumentar su aura de desequilibrado.

- Si lo que quieres es liberarte no tienes más que hacerlo.

A Nea le pareció un consejo muy pobre pero, para su sorpresa, resultó efectivo, ya que pudo levantar los pies del suelo, como si nunca hubiesen estado atrapados.

Tras sentirse libre se giró bruscamente. Con un violento movimiento trató de golpear a Raiv pero le resultó imposible. Este había comenzado a levitar a su alrededor, justo fuera de su alcance y, su pelo comenzaba a surgir un humo azulado.

Mientras, el joven continuaba haciendo volteretas en el aire. Nea lo observaba sorprendida, en diversas ocasiones tuvo la intención de preguntarle como lo hacía, pero resultaba tan natural sus movimientos que le parecía una pregunta de lo más estúpida. Raiv continuaba volando a su alrededor, dejando tras de sí un halo azulado que alteraba los sentidos.

- Únete a mí.

- Es imposible, ¡la gente normal no puede volar!

- Tú lo has dicho. La normal. Nea, he de confesarte un secreto: el mundo entero ha rezado por tu llegada. Aunque es cierto que nunca han oído lo más mínimo de ese horrible nombre y no te esperaba nadie. Aquí eres muy especial, ya que tienes la capacidad de no permanecer estática como este mundo gris y pausado, en tu interior tienes el cambio. Y el cambio es la llave de todo lo demás.

Mientras iba pronunciando estas palabras fue descendiendo hasta depositarse a su lado.

- Ahora es tiempo de que te enseñe un poco este lugar.

Raiv parecía reconocer cada recóndito lugar del paraje, porque encontró otro camino empedrado y lo comenzó a seguir. Este era mucho más intrincado y retorcido que el anterior, se doblaba sobre sí mismo una y otra vez en una danza adulterada, para torcer, justo en el último momento en el que parecía cerrarse sobre sí mismo, hacia el horizonte, siempre el horizonte.

Al llegar a la base de la colina una figura se encontraba al borde del camino. Una cruz de más de dos metros de altura de una madera de negro ébano, en ella un cuerpo demacrado había expirado. Una señora, o mejor dicho, sus restos, estaba crucificada, multitud de corazones se apiñaban a su alrededor, algunos de ellos aún palpitantes, arrojando oscuros chorros de sangre llena de coágulos. La figura parecía haber sido torturada y apenas se le podía reconocer el rostro. Sobre su cabeza, una corona, enredada en la espesa cabellera.

Mordida por algún extraño impulso, Nea cogió dicha corona, la sentía fría al tacto, delicada y, al mismo tiempo, portadora de un inmenso poder, lentamente se dispuso a colocársela sobre la cabeza.

Pero algo la interrumpió. Raiv le quitó la corona con un rápido movimiento y en sus dedos comenzó a deshacerse como si estuviese hecha de hielo. Las gotas de metal resplandeciente caían lentamente sobre su blanca piel, que al instante comenzaba a emitir humo y a enrojecerse, brutalmente quemada. La mano de Raiv comenzó a ser un conglomerado de sangre, metal incandescente y ampollas que reventaban al instante. El color a carne carbonizada empezó a ser tan insoportable que a Nea se le saltaron las lágrimas. Pero de repente, paró.

La mano de Raiv recuperó su blancura original y las heridas se cerraron, de la corona no quedaba más que un amasijo semilíquido bajo sus pies.

- Las coronas no hacen más que imponer desigualdad, con su simple existencia ejercen un golpe contra la libertad. Nadie debe tener el destino de nadie.

- ¿Por qué murió esa señora?- Nea se sentía débil e insegura, como si de repente hubiese retrocedido varios años y ahora no fuese más que una niña sola y abandonada.

- Se atrevió a quitarle a alguien lo más preciado que se puede tener: la imaginación. Como contrapartida fuimos bastante imaginativos al torturarla.

Las palabras de Raiv parecían ser sabias pero brutales, parecían poder transportarla a un mundo donde todas las reglas parecían haber caído, aunque tenía la horrible sensación de que ya estaba allí.

Continuaron un viaje en silencio, dando un paso detrás de otro, sin hablar ni una sola palabra, sin tropezar ni hacer otra cosa que no fuera avanzar.

- Raiv- dijo Nea girándose hacia su extraño compañero- has dicho que soy especial, que cambiaba, ¿a qué te referías con eso?

- En este mundo todo permanece estable, la luz monótona y gris, el camino de piedra y la llanura de hierba reseca, sus habitantes están inmóviles en el tiempo, atrapados en redes de sufrimiento de las que les resulta imposible escapar. Pero tú eres diferente, puedes cambiar, no estás inmóvil en el tiempo y, por tanto, puedes imprimir ese cambio en este mundo y someter la realidad a tus deseos.

- Entonces, ¿Qué puedo hacer?

- Lo que quieras, basta con que lo hagas.

Nea deseó con todas sus fuerzas que una pequeña franja de hierba que se encontraba a su lado se convirtiera en un exuberante césped de color esmeralda, cerró los ojos y puso cada fibra de su cuerpo en ese deseo, transmitiendo toda su energía, pero cuando los volvió a abrir todo continuaba igual.

A su lado, Raiv no podía parar de reírse.

- Pero, ¿qué estás haciendo?- sus carcajadas silenciosas eran tan fuerte que el aire temblaba a su alrededor y, poco a poco humo de diferentes colores fue surgiendo de sus labios dibujando en el aire una enorme sonrisa.

- Deseo que se transforme la hierba pero no consigo nada- dijo frustrada.

Raiv continuaba riéndose más fuerte aunque resultaba extraño porque en ningún momento emitía ningún tipo de sonido, ni el más mínimo.

- Cuando vas a mover un brazo no deseas que se mueva, simplemente lo haces, esto es exactamente igual, no es un deseo, es una acción.

- ¿Pero cómo voy a cambiar el mundo?

- Haciéndolo. Inténtalo. Son las acciones las que producen los cambios, no los deseos.

Nea se concentró sin saber muy bien que hacer, todo era demasiado inexacto y difuso, sin embargo, antes de que se diese cuenta de lo que estaba haciendo la hierba comenzó a

crecer verde y frondosa. Soltó un pequeño grito de alegría y se detuvo a admirar la belleza que había creado.

- ¿Cómo es posible que haga esto? Es mágico.

- Simplemente imprimes tu cambio en la hierba y esta sigue tus directrices. Pero puedes hacer muchas cosas más.

Mientras decía esto comenzó a levitar de nueva, esta vez Nea no se quedó asombrada si no que ella misma comenzó a flotar. Era una sensación extraña, no se apoyaba en nada y sin embargo se sentía segura y protegida. El aire era claro y puro y la sostenía con sus etéreos dedos. Se sintió una chica despreocupada y feliz, como nunca antes había estado. Raiv se encontraba a su lado, dando volteretas. Por fin, ambos se depositaron en el suelo.

- Ha llegado el momento de que vayas a Ciudad Ajada.

- ¿Qué sucede allí?

- Casi todos los habitantes se encuentran allí. Llevan esperando años a alguien como tú, que les imprima el cambio y les permita ser libres.

Nea se sintió de repente insegura y preocupada.

- Yo no puedo ayudar a nadie, ni puedo tener esa responsabilidad. No quiero.

- No te preocupes, te resultará muy fácil, tu poder es grande, no tienes nada que temer.

- ¿Es largo el camino?

- Ya estamos allí.

Y resultaba cierto, toda la realidad que había abarcado su vista había cambiado.

- Te presento Ciudad Ajada, la gloria en piedra.

Si aquello era la gloria en piedra, desde luego fue hace muchos años. Dos grandes pilares semiderruidos marcaban el inicio de las construcciones que se desperdigaban sin control ni orden hasta el horizonte. Los edificios adquirían posturas imposibles, se elevaban cientos de metros sobre bases de apenas unos centímetros, giraban y se retorcían, ascendían hacia el suelo o simplemente permanecían en el aire. Todo aquello no parecía estable ya que algunas construcciones caían sobre las otras, provocando grandes daños y estruendos. Desde luego el nombre de la ciudad era muy adecuado.

Se fueron acercando poco a poco, el enorme ruido de los edificios que caían, las grietas que surcaban como cicatrices los rostros de las fachadas, el polvo elevándose continuamente, como implorando al cielo, constituían la sinfonía permanente de la ciudad. Todo quedó oculto bajo su manto discordante, el soplo del viento y el cantar del

fénix, la armonía de la lluvia y el danzar de las ninfas, las ramas bailantes y las chispas relampagueantes.

Según se iban acercando y el sonido se convertía en el único regalo para sus oídos, observó más detenidamente los dos pilares que marcaban el inicio de la ciudad. En sus bases se encontraban dos enormes estatuas de piedra blanca, aunque deslucidas y cubiertas de líquenes: dos esfinges. Su postura parecía relajada, aunque había algo en la curva de sus sonrisas o en la forma de las garras que hacía desconfiar. Ambas tenían los ojos cerrados y parecían estar dispuestas a abrirlos en cualquier momento.

Pasaron a su lado sin que nada sucediese pero Nea podía sentir su presencia clavada en la nuca.

Nada más entrar el bullicio pareció absorberla: cientos de criaturas abarrotaban las calles, de las más diversas especies, muchas de ellas completamente desconocidas para la joven. Además a su alrededor, los edificios caían, levantando intensas nubes de polvo, sin embargo, Raiv sabía guiarse bien ya que conseguía ir por las calles más seguras y atravesarlas antes de que pudiese surgir cualquier problema. Nea no podía parar de mirar a su alrededor, asombrada de todo lo que se encontraba.

Sin embargo, no era un lugar alegre, la mayor parte de los seres se comportaban como auténticos salvajes, luchando continuamente entre ellos, intentando rivalizar con sus gritos el estruendo de la caótica ciudad. Realizaban actividades peligrosas o mortales sin darle mayor importancia: jugaban con cuchillos o venenos y no era extraño encontrarse cuerpos en vías de descomposición en el medio de la calle, abandonados, sin que nadie se preocupase lo más mínimo por su historia. En poco tiempo Nea estaba tan escandalizada que prefirió cerrar los ojos y depositar toda su confianza en Raiv para que la guiara. Y de forma extraña lo consiguió: continuaron avanzando siempre debajo del enorme estruendo, hasta que, de repente, sintió la brisa golpeándola en el rostro, acariciándola suavemente, como si todo lo demás no hubiese sido más que una triste pesadilla y ahora, la seguridad de una mano amiga la transportase de vuelta a la realidad.

Sin embargo, lo que se encontró ante sí fue una plaza enorme, una especie de claro en el bosque de columnas y vigas, una isla en el océano de la incertidumbre.

- Nea

- ¿Sí?

- La verdadera historia de todo esto es mucho más íntima y personal de lo que te habías imaginado. He esperado hasta llegar aquí para contártelo pero es necesario que lo haga, tienes derecho a conocer la verdad.

Era la primera vez que veía a Raiv completamente serio: sus pupilas se mantenían estables y uniformes, sus rasgos se encontraban tranquilos pero firmes y severos y su psición estática y su mirada indicaban lo trascendental de la situación.

- ¿Qué sucede?- se atrevió a preguntar Nea con un hilo de voz.

- La verdadera razón de que hayas venido aquí- Raiv pronunciaba las palabras muy lentamente, demasiado para la ansiosa Nea- es para conocer a tus padres.

Nea no se movió ni hizo ningún movimiento, simplemente se quedó allí parada, sin poder articular ninguna palabra y observando el rostro serio de Raiv. Por fin, con la voz rota logró pronunciar:

- ¿De verdad?

- No.

La sonrisa volvió a aparecer en el rostro del maniaco. Nea con un rápido movimiento le golpeó la nariz y observó con deleite como cedía bajo sus dedos y un gran chorro de sangre salpicaba la cara del demente.

- Nunca te atrevas a volver a hacer eso.

- ¿No tienes sentido del humor?

Entonces Nea comprobó ciertamente sus habilidades. Raiv quedó inmovilizado al instante, incapaz de moverse, indefenso ante el enorme poder de la joven; de repente, un restallido silbó en el aire, un instante después la espalda de Raiv se arqueaba ante el latigazo invisible. Nea miró el espectáculo unos momentos antes de permitir que cesase. Le había hecho pagar el dolor que había provocado su pequeña broma.

Raiv quedó desplomado en el suelo, sangrando y con abundantes llagas en la espalda, que apenas se cubrían con los destrozados jirones que quedaban de su chaqueta.

- Nunca- repitió Nea.

Se sentía grande y poderosa, con su capacidad de cambiar y hacer que aquel mundo la obedeciese no tenía límites y Raiv lo acababa de comprobar.

Sin embargo, este no pareció tenerse en cuenta ya que se levantó impoluto, con sus ropas restablecidas, diciendo:

- Revitalizante.

- ¿Cómo es posible que vivas toda tu vida como si fuera teatro?- preguntó completamente enfadada la joven.- Dando dramatismo o comicidad en las situaciones menos imprevistas.

- Es teatro y, sin embargo, eso no implica que no pueda ser completamente real.

Se produjo un silencio incómodo entre ellos. Nea apartó la vista y recorrió la plaza con la mirada, buscando apartar la atención de todos los pensamientos de su pasado que la atormentaban.

A su alrededor se desarrollaban escenas de las más diversas naturalezas: dos seres humanoides de enorme tamaño jugaban entre ellos, lanzándose un erizo de mar a las manos del otro, a pesar de las punzadas y el dolor, sonreían y no paraban de hacerlo. Dos conejos vestidos de esmoquin demostraban sus habilidades y enorme agilidad ante un corrillo de aves de distintas especies. Pero fue un grupo de niños sentados en círculo lo que llamó su atención. Uno de ellos tenía una caja de bombones en las manos, cada uno de ellos cogía uno, lo comía y pasaba la caja al niño situado a su izquierda, que repetía el proceso. Resultaba una escena tan natural, infantil e inocente, que Nea se quedó observándolos con una sonrisa en los labios, respirando la calma y la normalidad que había abandonado.

Súbitamente, uno de los niños que acababa de comer un bombón emitió un ruido extraño, una especie de arcada, Nea se abalanzó sobre él y lo sujetó, su rostro se volvía cada vez más pálido y enfermizo, emitía balbuceos sin sentidos y las venas de sus ojos reventaban tejiendo un bordado escarlata con el fondo perlado. En poco tiempo su mirada se había convertido en un pozo carente de vida. Sujetando el cadáver entre sus brazos, Nea gritó llorando a los otros niños:

- ¡¿Qué ha pasado?!

- Es la ruleta rusa- respondieron con voz cándida y dulce.

La joven les miró horrorizada con los ojos desorbitados, mientras se alejaba lentamente. Ellos continuaron con su juego y siguieron pasándose la caja de bombones que guardaba en su interior otra siniestra sorpresa.

Nea se acercó tambaleándose a Raiv.

- Tengo que hacer algo- afirmó con voz decidida- no pueden continuar así.

Mientras decía esto otro niño cayó entre espasmos.

- Ya te lo he dicho- contestó Raiv- tienes la capacidad de cambiar el mundo y mejorarlo. Hazlo.

Nea miró a su alrededor, al enorme caos que acampaba a sus anchas; allí donde dirigía la vista había alguien sufriendo, sentía su dolor. El estruendo era ensordecedor y el ambiente estaba impregnado de polvo y humo. No podía pensar en nada más que no fuese en detener toda aquella locura.

Y sucedió.

A su alrededor todo se quedó inmóvil, el silencio se apoderó del mundo congelado, convirtiéndose en el rey indiscutible. Nea apenas podía creérselo, después de tanto ruido que martilleaba continuamente su cabeza, el silencio era su mayor bálsamo: los edificios se habían detenido en los pasos de su desplome y muchos de ellos se sostenían por cuerdas invisibles en su inexorable camino a rendir pleitesía al suelo. La gente estaba

inmóvil, petrificada, los objetos permanecían en el aire sin que nadie los sujetara y los pájaros parecían pinturas recortadas frente al gris.

Lo único que se movía a su lado era Raiv, que observaba admirado a su alrededor.

- Parar a toda la Ciudad Ajada, desde luego tu poder es enorme.

Nea permaneció disfrutando del silencio un rato más, apenas le había costado trabajo aquello: simplemente lo había hecho. Y ahora tenía la responsabilidad de mejorar las miserables vidas de aquellas estrafalarias criaturas.

Lo primero que hizo fue acercarse al círculo de niños y quitarles la caja de bombones, que ardió con fuerza entre sus dedos.

Respiró con fuerza, contenta de haber realizado una buena acción y se llenó los pulmones de aire fresco.

Y dejó que el mundo fluyera de nuevo.

El estruendo volvió a asolar la ciudad, expulsando de su castillo al silencio. Los niños se mostraron confusos sin sus bombones y se marcharon corriendo, pero alrededor de la joven sucedían tantas desgracias que pronto se olvidó de ellos.

Comenzó su enorme trabajo.

Lo primero que hizo fue detener la caída de los edificios, que se mantuvieron en su extraños ángulos, dibujando un paisaje de figuras imposibles, pintoresco y hermoso; después provocó una tormenta terrible que descargó toda su fuerza, haciendo que el agua corriese por las calles, arrastrando toda la suciedad y el polvo, los árboles volvieron a brotar y las hojas verdes en segundos ante el poder de Nea.

Sin su habitual ruido Ciudad Ajada parecía completamente diferente, incluso podía parecer armoniosa. Nueva.

Nea estaba radiante con su imponente traje y guiando las directrices de la ciudad, sentía que estaba contribuyendo a mejorar enormemente el mundo y eso la hacía feliz.

Sin embargo, su trabajo no había hecho más que comenzar ya que lo peor de todo era la gente: incivilizada y brutal, cometían crímenes salvajes sin inmutarse ni darse cuenta de los demás, pensando egoístamente en ellos mismos. Nea trató de ayudarlos. Cada vez que veía una situación inadecuada procuraba cambiarla, aunque nadie se lo pedía, pero tampoco nadie luego se quejaba de los cambios.

Un hombre practicaba un truco de magia, no obstante, el público estalló en aplausos cuando este se equivocó y atravesó a su ayudante con una espada y murió al instante. Nea, horrorizada por tal hecho, no podía comprender como podía ser un mundo tan caótico y trágico.

Con un simple gesto administró justicia: hizo que los remordimientos asaltasen la mente del mago, que al instante el dolor y el horror de sus acciones lo salpicaron.

Resultaba demasiado sencillo. La imperfección cambiaba cuando ella quería a la bondad y la amabilidad.

Con otro gesto hizo desaparecer una avenida llena de aparatos de tortura, curó enfermedades y trató de aliviar a todas las personas que pudo, muchas veces sin sus poderes ya que sentía la necesidad de permitirles mantener su libertad.

Pero resultaba inútil.

A su paso familias enteras festejaban banquetes en los cuales se masacraban entre ellos y después practicaban el canibalismo, siendo un niño de diez años el plato principal; un hombre caminaba mientras se flagelaba con un látigo cubierto de clavos oxidados, a cada restallar su piel se desgarraba entre sus gritos de agonía, pero eso no le impedía que, voluntariamente, continuase haciéndolo; un grupo de chicas comenzó a seguir a un joven y antes de que Nea se diese cuenta se habían abalanzado sobre él y lo habían violado brutalmente mientras imploraba clemencia, cuando Nea las detuvo encontró un cuerpo mutilado y torturado en apenas unos minutos; un grupo de personas delante de un templo portaban una cucharas y con gestos profesionales y sin proferir el menor tipo de queja se las introdujeron en las cuencas de los ojos y con un extraño sonido se las sacaron de las órbitas de forma sincronizada. Mientras continuaba con su terrible paseo, Nea contempló la primera imagen bella de aquel lugar, que la llenó de esperanza, vio una chica a lo lejos, vestida con un sencillo vestido cubierto de símbolos matemáticos y un pelo ondulado que rivalizaba con su blancor a la nieve, sin embargo, lo más sorprendente eran las dos alas, perfectas, orgullosas y sedosas que se elevaban en su espalda, reflejaban la luz con tanta belleza que las lágrimas saltaron por primera vez en el rostro de Nea motivadas por la alegría.

Continuó acercándose a la joven, sus alas se movían ligeramente, desprendiendo destellos luminosos que se clavaban en la retina de Nea. No podía parar de mirar aquellas alas, tan perfectas y hermosas.

El rostro de aquella joven no podía estar más acorde con su aspecto: armonioso, sereno y dominado por unos potentes ojos azules, proyectaba un velo de seguridad y tranquilidad.

Pero la joven se giró.

Su espalda era un horror. Las alas estaban sostenidas por un armazón de madera, pesado y macizo, que se extendía desde las puntas de las alas hasta la espalda de la joven y, allí, se hundía en la carne debajo de un surco sangriento repleto de llagas y pus, a cada movimiento de la joven un pequeño hilillo de sangre caía hasta el suelo. Nea corrió hasta plantarse enfrente de ella, la imagen reconfortante volvió a asediarla pero ya no le surgía efecto, después de lo que había visto.

- Tienes que sufrir mucho, quítate eso- le apremió Nea.

- Soy un ángel- susurró la joven mientras el blanco cabello se arremolinaba a su alrededor.

- ¡Quítate eso! ¡Te está destrozando!

- La divinidad solo se alcanza si te elevas sobre todo lo terrenal.

La joven no parecía escuchar a Nea ya que continuaba andando sin prestarle la más mínima atención ni dirigirle una simple mirada. Estaba completamente ida.

- Soy un ángel- continuó repitiendo.

Nea se giró hacia Raiv, que acababa de llegar.

- Es hermosa- dijo este.

Ambos se quedaron mirando como la joven ángel se marchaba caminando lentamente bajo el leve balanceo de sus alas.

- Este mundo es un completo caos, la gente está completamente demente, dañándose eternamente, sin asumir nunca las consecuencias de sus acciones, pervirtiendo todo lo bueno bajo su locura.

- Es lo que tiene la libertad.

- La libertad no es esto- afirmó Nea señalando a su alrededor.- Algo debe cambiar.

- "Ajada, rota, profanada,

rota su pureza

arrancada la inocencia

y aun así... Nueva"- canturreaba Raiv distraídamente sin prestar atención a Nea.

- ¿Me escuchas?

- Perdón- respondió educadamente Raiv, volviendo a prestarle su tiempo.- No puedo aconsejarte, el orden y el caos son lo mismo pero hay que saber apreciarlo.

Nea negó con la cabeza, rechazando las extrañas ideas de Raiv.

- No. Ha llegado la hora de que todo adquiera coherencia- su voz había adquirido tal autoridad que la gente se paró en torno suyo y se quedaron mirándola. Nea había crecido, era mucho más segura, tenía autoridad y la capacidad de ejercerla y, sobre todo, tenía poder. Una pequeña sonrisa de superioridad apareció en su rostro.- Ha llegado la hora...

Un vendaval se levantó en Ciudad Ajada y comenzó a girar en torno a la pequeña figura de la joven, que se elevó unos cien metros sobre el destrozado suelo. Se concentró, iba a necesitar toda su energía para realizar lo que se proponía.

Un resplandor salió de su cuerpo.

Necesitaba concentrar sus pensamientos de tal manera que empezó a notar agudos pinchazos en todo su cuerpo. Englobó a todos los habitantes bajo su poder y lo cambió todo.

Desterró la locura, los malvados pensamientos, la destrucción, el salvajismo y la brutalidad y, en su lugar, introdujo la coherencia, limitando los instintos primarios de la gente y otorgándoles otros dones más provechosos. Pero aun así era insuficiente: sus mentes, aunque modificadas podían albergar toda aquella locura en sus propios mundos creaos. Era necesario eliminarlos. Y lo hizo.

Agotada pero contenta Nea descendió para admirar el resultado de su obra y, al tocar el suelo, pudo comprobar que todo era tal y como había esperado: los habitantes habían abandonado la brutalidad y se comportaban como seres civilizados. Nea, orgullosa y satisfecha, soltó una risa cantarina y se paseó feliz a su alrededor.

Pero una figura la miraba. Raiv estaba igual que antes, quieto y sin apartar la mirada de la joven.

- Raiv, ¿qué te pasa?- preguntó Nea con una sonrisa.- ¿No te sientes ahora mucho mejor?

- No- respondió horrorizado.- ¿Qué has hecho?

- Les he ayudado, ahora sus vidas son mejores.

- ¿Te lo habían pedido?

- No, pero lo he hecho porque...

- Creías que era lo correcto.

- Exacto.

- Te has comportado como si fueras superior a ellos, designando que es bueno y que es malo. Como si fueras un dios.

- ¡No ha sido así! ¡He desterrado el dolor innecesario de sus tristes vidas!

- Dolor que tú has considerado malo, ya que ellos no te lo han dicho.

- ¡Sufrían!

- Les has quitado la imaginación.

La voz de Raiv había cambiado de repente, volviéndose mucho más grave, acusadora y siniestra que antes.

- Les has esclavizado sin derecho alguno.
- Tú me dijiste que les ayudara a cambiar.
- Cambiar no significa privarles de su libertad e imaginación, debías ayudarles a evolucionar según sus propios caminos.
- Vivían en un mundo de destrucción y muerte.
- Y para cambiar eso les has privado de lo más preciado que pueden tener.
- Era necesario.
- Yo creía en ti- pronunció Raiv con desprecio.
- No tolero que me hables así, soy superior a toda vuestra locura.

Nea estaba decidido a acabar con todo aquello. Estaba furiosa y dirigió todo su poder para cambiar a Raiv. Pero, para su sorpresa, no sucedió nada. El joven le dirigió una sonrisa teñida de maldad.

- He de confesarte Nea que te he ocultado un pequeño detalle- su voz hizo que a la joven le recorriese un escalofrío la columna.- Yo tampoco soy como los demás.

- ¿Qué?

- ¿No te has fijado en que yo también podía cambiar el mundo a mi antojo? Mis heridas desaparecían instantáneamente, levitaba, no permanecí inmóvil cuando congelaste el mundo... Cambiaba. Por eso puedo bloquearte cuando intentas atacarme.

Las piezas encajaban.

- Tú...- pronunció lentamente Nea- eres como yo.

- Bastante diferente, ya que nunca les he privado de su libertad. Les ayudo a evolucionar según sus designios pero necesitan la ayuda de más gente, gente como tú, Nea, que les permitan ir en todas las direcciones posibles, que les permitan tener la libertad. Pero no has superado la prueba, eres una tirana.

La joven volvió a intentar ejercer su poder pero se encontró con una especie de barrera que le impedía atacar a Raiv.

Este río, con un sonido frío y cálido al mismo tiempo, la primera vez que emitía sonido.

- "Quieres ver el misterio

derrumbar lo oculto

atrapar la verdad

y levantar el velo"- cantó mientras Nea trataba en vano de atacarlo de nuevo.

- Lo siento, de verdad- la sonrisa maliciosa de Raiv se ensanchó.

Hizo un simple gesto con los dedos. El cuerpo de Nea salió volando y se estrelló contra el suelo con un golpe seco.

Raiv se acercó a la joven que, agotada y dolorida, trataba de levantarse.

- ¿Recuerdas a la reina crucificada?- susurró al oído de Nea.- Eras tú.

.....

Raiv subía la colina mientras a su espalda una bandada de cuervos decoraba una figura en una posición extraña. Llegó hasta la cima y admiró su precioso banquete. Se dirigió a su sillón al fondo de la mesa y se sentó cómodamente, mirando el cadáver del lirón delante de él.

- Cuando cruzas la puerta de la locura nunca sabes dónde te va a llevar.

Se sirvió un poco de té, la chica llegaría a la cinco.

9

Miré mi reflejo en la parpadeante pantalla del ordenador, parecía cansado, la barba de unos días comenzaba a asomarse en mi rostro, en algunos puntos de un débil color pelirrojo, el pelo completamente desordenado caía sobre mi frente, y mi falta de expresividad demostraba las pocas horas sumido en el sueño. Sentía las lentillas en los ojos, reseca y dolorosa y comencé a parpadear rápidamente. El trabajo no iba excesivamente rápido. Mi compañera y yo tendríamos que haber terminado hace días pero teníamos la extraña habilidad de conseguir una prórroga de la profesora.

Bostecé un poco y me intenté centrar de nuevo en las palabras que se arremolinaban en el documento de texto del ordenador, pero apenas conseguía establecerles un orden, giré la cabeza, mi compañera me estaba hablando y por su cara adiviné que era algo interesante, le dediqué una media sonrisa sin prestar atención pero ella se percató:

- No sabes de que te estoy hablando ¿verdad?- su voz resultaba elevada en el clima silencioso de la clase, pero nadie nos hizo caso, los pequeños universos personales resultaban más interesantes que la propia realidad.

- Claro que sí- traté de fingir- ¿No me estabas contando tu relación necrofílica de ayer?

- Eso es más de tu gusto- respondió con una ligera expresión de indignación- y eres un enfermo. Pero hoy te lo consiento porque tienes ese gran examen.

Era cierto, en apenas veinte minutos le tocaría hacer un examen, los nervios comenzaban a agolparse en la base del estómago y mi respiración se volvía más agitada por momentos. Me imaginé en un desierto, gritando, soltando todo mi temor al aire, y conseguí controlarme un poco.

- Profesora ¿puedo ir al baño un momento? - no podía evitarlo mis necesidades biológicas clamaban en alto siempre que sentía un poco de angustia.

- Por supuesto, ¿te encuentras bien?

Le asentí ligeramente con la cabeza y salí al pasillo. Por fin me libraba de esa presión asfixiante y del clima cargado del aula. Cerré los ojos y respiré lentamente, el aire, frío, distante y afilado entraba por mi garganta, me hacía cosquillas pero lejos de resultar agradable, aumentaba mi angustia.

Un paso.

El baño más cerca.

Otro.

Las luces parpadean.

Uno más.

Los ruidos de las clases se mezclan en una discordante melodía.

Había algo de polvo en el ambiente pero resultaba poético, es decir, los rayos de sol jugaban con ellos de forma absurda, saltaban, danzaban, otorgando una imagen bella, pero la belleza no lo era nada, en el fondo aquellas motas de polvo eran tan superficiales como la mayoría de las personas que existían, con unos conceptos de belleza tan cuadriculados que ataban su propia visión, secuestrándola y sumiéndola en los prototipos de la sociedad. De esta forma, la verdadera belleza quedaba oculta, solo revelada para el que sabe buscarla, y el resto, queda sometido a la lujuria que arrastra al mundo. La belleza pura consigue tocar los acordes del arpa del corazón pero existían cosas mejores, el conocimiento por ejemplo, que lo podía todo.

Llegué al baño y al entrar sentí los productos de limpieza, resultaban agradables, con su completa sinceridad, queman y destrozan la suciedad con brutalidad, como la verdad a las mentiras.

Me admiré en el espejo, captando una visión final de todo y sonreí, la sonrisa es la brecha de la máscara, es la expresión de lo que somos en los momentos de alegría, pero puede llegar a desenmarañar lo que somos y encontrarnos a nosotros mismos.

La noté en el bolsillo, fría y distante, como el aire, pero ella me otorgaría más realización.

Saqué el objeto del bolsillo. Una navaja.

La abrí cuidadosamente, admirando el reflejo de mis ojos en su filo y su juego con las luces. No era una navaja burda y brutal, era precisa, delicada, suave, como las de los barberos, completamente inocente.

Solté una carcajada, el drama teatral se respiraba en el ambiente, casi podía sentir al espectador o lector junto a mí, acelerando la respiración, corriendo por las líneas y párrafos, desenmascarando el dolor que debía sentir. Me hacía gracia. Resultaba patético.

Con un gesto profesional corté horizontalmente mi muñeca izquierda, un agudo dolor en un principio, y al instante, el contacto del frío metal y un desierto helado. Pero estalló en llamas en cuanto la sangre llegó.

Poco a poco comenzó a caer sobre el lavabo. Me sentía libre. Fuerte. Dejé que la sangre recorriese en brazo antes de realizar el verdadero acto.

Sujeté fuertemente la navaja y la hundí otra vez en el brazo, esta vez más profundamente, sacrificando la envoltura de la carne y, dejé que corriese verticalmente por todo el antebrazo, el dolor resultaba tan agudo que llegó a rozar el placer pero no quería nada de ambos, quería superarlos. La sangre salió a borbotones, espesa, carmesí, manchando y cubriendo el suelo rápidamente. En apenas unos minutos habría muerto. Me senté a esperar.

Muchos se preguntaría por qué lo hice, algunos achacarían la culpa a alguna depresión

oculta, otros puede que se acusasen a sí mismos, en la vanagloriosa actitud humana de antoflagelarse ante acciones que escapan a su control, los más osados, incluso se aventurarían a que pudo ser una reacción ante el estrés de los exámenes.

Pero nadie comprendería el verdadero significado cuando encuentren mi cadáver pálido y rodeado de sangre.

Llorarán, gritarán y montarán una tragedia, el luto, el negro y el sufrimiento lo cubrirán todo pero mi rostro seguirá teniendo la sonrisa que ahora ostento, cuando me estoy desangrando.

Porque no saben que la locura es así. No saben que la cordura es así. Ninguna de las dos, o puede que ambas.

Más lúcido no he podido estar, les otorgaré el arte de la muerte, la propia visión de la desesperación y, al mismo tiempo, de la luz y la esperanza.

No comprenderán que no lo hice como debido a la tristeza, que mi vida era feliz. Lo hice porque podía hacerlo. Era libre para hacer cualquier cosa.

Lo tomarían como un final trágico cuando es el mayor épico final, les llevaría de la vulgaridad al mayor aire conocido, la gloria.

Conozco los secretos de la muerte y, por ello, conseguí ver lo que nadie más vio.

Cuando todos se centraron en lo externo.

Yo me encontré. Conocí todo lo que fui, era, soy, seré y sería; y cuando haces esto, cuando el pasado, presente y futuro quedan a tu merced, la muerte no es más que un paso.